

RECUERDOS COMPARTIDOS

EL TRANSISTOR

¡Cómo recuerdo aquel adúltero trío amoroso! Domingo, paseo vespertino. Ella, agarrando al marido del brazo; él, siendo agarrado del brazo por la esposa. Y, en medio, como una querida ... ¡la radio!

¡Atención, atención: gol en la Romareda! Y la esposa, mientras su cónyuge mantenía la oreja pegada al transistor, continuaba diciendo que la niña necesitaba un traje nuevo y que, mira por dónde, tampoco le vendría a ella mal comprarse unas medias nuevas.

El transistor era como una cajetilla de cigarrillos. Se hacía girar una ruedecilla y una barrita se desplazaba entre unos números misteriosos. Y se oía un ruidito molesto, un chisporroteo: “chirri, crrii, iuuuh ...”. De repente se sobreponían unas voces lejanas: “Mañana el tiempo será... adesso possiamo ... Mais oui ... ¡gol gol, gol ...”. Y la mano afinaba el movimiento, un poco adelante, un poco hacia atrás. Así, hasta que una voz potente de barítono se afirmaba sola en la escena para anunciarnos el gol en la Romareda.

LA TELEVISIÓN

Aquella caja – tonta la llamaban, pero sí sí ... - había venido para quedarse. Como una reina se instaló en el centro de la casa. El tresillo – los tres reyes magos del salón – le rendían pleitesía. Dentro de aquella ventana el mundo era como nunca fue: blanco y negro. Algunas veces la caja tosía, las imágenes se quedaban petrificadas, nevaba en pleno agosto. Entonces se debía darle unos fuertes mamporros, igual que si se hubiera atragantado con alguna bujía en la garganta (la costumbre quedó arraigada en las máquinas expendedoras)

La televisión tenía sus horas contadas. Hasta el comienzo del turno – trabajaba desde el mediodía hasta la noche – se emitía una “carta de ajuste”. Nadie sabía qué significaban esas tres palabras mágicas ni tampoco a quien se le había ocurrido diseñar aquel crucigrama. Pero la televisión – la única, la mejor – era nuestra única familia. Más tarde vendría un retoño al que pusieron el nombre de UHF.

“Dadme una televisión y haré reunir a un país”. ¡Vamos a la cama, que hay que descansar ...!

VÍRGENES AMBULANTES

Una costumbre religiosa era compartir estatuillas de vírgenes. El sistema era como una biblioteca pública de un sólo libro, una multipropiedad religiosa. Una virgen era entregada a una familia, la cual la custodiaba durante una semana hasta traspasarla a otra familia que a su vez ... O sea, una cadena de fidelidad. Bastaba con una sola virgen para satisfacer la devoción de los fieles de la parroquia.

En aquel tiempo, en el cual el nacionalcatolicismo impregnaba la sociedad, era habitual santiguarse al pasar delante de una iglesia. Y como en España hay casi tantas iglesias como bares hay, muchas personas pasaban una parte del día haciendo cruces como si jugasen a los barquitos. Estaban, como los panteístas, ebrios de Dios.

También era frecuente la imagen del corazón de Jesús en las puertas de las casas. El hogar es la fortaleza de la familia, el último refugio. Simboliza lo que está dentro y lo distingue de lo que está fuera. Esas imágenes eran la cristianización de los dioses penates en la antigua Roma pagana.

“Dios bendiga cada rincón de esta casa”.

JUEGOS DE TODA LA VIDA

Los juegos “de toda la vida” están pasando, si no han pasado ya, a otra vida (salvo en los pueblos, donde se guardan las esencias de cada pueblo). En primer lugar las canicas. Tal vez debajo del asfalto no se encuentre la playa – como señalaban los niños parisinos del 69 menos 1 – pero probablemente se hallen las zanjas abiertas de muchos “guás” (chiva, pie, tute, retute, valedar y guá). Ahora los parques infantiles son como pequeñas islas de puerilidad en medio de los automóviles. Jugar a la peonza nos preparaba para entender el movimiento de rotación de la tierra y su ligera inclinación. La buena peonza, como Dios manda, era de madera. El colmo de la maestría era subirlas girando en la palma de la mano. Más tarde vendrían esas ridículas galdrufas de plástico, unas peonzas en la que bastaba con dar cuerda como un reloj mecánico. Cualquier torpe, falto de habilidad, podía hacerlas funcionar. Y las chapas – cada marca de cerveza y cada marca de refresco era un equipo ciclista – nos permitían reproducir el Tour de Francia. Sobre carreteras dibujadas en las aceras con clarión, esa tiza que tan fácil era tomar de las pizarras de la escuela, se disputaban las etapas. Otro juego entrañable era la taba, la rótula de una oveja, con sus cuatro partes según la caída al lanzarla: hoyo, tripa, rey, verdugo. Sí, era un poco bestia la manera en que el rey ordenaba al verdugo castigar con el cinturón a quien había caído en el hoyo. Pero ¿no habían aprendido tal salvajismo de sus maestros con la vara cruel y amenazante? Y más tarde, a falta de ovejas, vino el plástico y las tabas nuevas, pintadas en colores.

Y otros muchos juegos de cuyo nombre no quiero acordarme.

Pablo Galindo Arlés
18 de septiembre de 2023